

1955

Crisis, golpe y ruptura

JULIO CÉSAR MELON PIRRO

1955

Crisis, golpe y ruptura

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Melon Pirro, Julio César

1955 : crisis, golpe y ruptura / Julio César Melon Pirro. - 1a ed. - Los Polvorines :
Universidad Nacional de General Sarmiento, 2026.
190 p. ; 21 x 15 cm. - (Humanidades. Años cruciales ; 8)

ISBN 978-987-630-861-8

1. Historia Argentina. 2. Peronismo. 3. Crisis. I. Título.
CDD 982

EDICIONES UNGS

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2026
J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)
Provincia de Buenos Aires, Argentina
Tel.: (54 11) 4469-7507
ediciones@ungs.edu.ar
www.ungs.edu.ar/ediciones

Serie Años Cruciales

Director: Ernesto Bohoslavsky (IDH-UNGS)

Comité Editorial:

Susana Bandieri (UNCO, CONICET)

Alejandro Cattaruzza (UBA, UNR, CONICET)

Gabriel Di Meglio (UBA, CONICET)

Alejandra Fernández (ICI-UNGS)

Daniel Lvovich (IDH-UNGS, CONICET)

Valeria Manzano (UNSAM, CONICET)

Dirección editorial: Andrés Espinosa

Coordinación editorial: Nicolás Tomasi

Diseño gráfico de la serie: Daniel Vidable

Diseño de tapa: Daniel Vidable

Diagramación: Ediciones América

Corrección: María Inés Castaño

Tipografías:

Unna | Jorge De Buen & Omnibus-Type Team

Saira | Gatti & Omnibus-Type Team

Hecho el depósito que marca la Ley 11723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

Impreso en Impresores SO.MI.AL.S.R.L.

Pedro Medrano 1257, Los Polvorines, Malvinas Argentinas, Buenos Aires,
en el mes de julio de 2026.

Tirada: 300 ejemplares.



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Presentación de la serie	9
Agradecimientos y dedicatoria	11
Introducción	13
Capítulo 1	
Del enfrentamiento a la prueba de fuerza, de la revolución al golpe.....	25
Capítulo 2	
Historia, economía y sociedad	71
Capítulo 3	
Cultura peronista y “vestigios del totalitarismo”	99
Conclusiones.....	149
Bibliografía y documentos históricos.....	163
Cronología para entender 1955	179
Filmografía	185
Biografía del autor.....	189

Presentación de la serie

*La gente cree que la historia es algo que sucede a la larga,
pero la verdad es que se trata de algo muy repentino.*

Philip Roth, *Pastoral americana*, 2000

Esta serie está compuesta por libros que se centran en un año decisivo de la historia del actual territorio argentino entre 1776 y 2001. Ofrecen una reconstrucción de lo ocurrido en cada año, pero también de cómo fue recordado por las generaciones posteriores y representado en las películas, los manuales escolares y las canciones. Algunos años son más famosos e inevitables que otros (como 1810, 1930 o 1976), y otros son mucho más una apuesta por convencer a los lectores de que algo importante había ocurrido entonces y no lo habíamos tomado suficientemente en consideración.

¿Por qué la historia de un año? El año es una unidad natural del tiempo, es la vuelta de la Tierra alrededor del Sol. Pero también es una medida muy usada en nuestra cultura: organiza la memoria (“nací en el sesenta y tres / con Kennedy a la cabeza” o el más tanguero “yo soy del treinta / cuando a Yrigoyen lo empalurdaron”) y los relatos que solemos desplegar. Y si bien hay muy buenos libros de historia argentina basados en años como *El 45: crónica de un año decisivo*, de Félix Luna (1969), o *En Buenos Aires 1928*, de Francis Korn y Martín Oliver (2017), en general los historiadores nos sentimos más cómodos con otras unidades temporales que permiten comprender mejor los procesos sociales y económicos, las repeticiones y continuidades, como por ejemplo: “los gobiernos radicales (1916-1930)”, “el ciclo de inestabilidad política (1955-1983)”, la “década infame (1930-1943)”, entre otras fórmulas utilizadas.

No es esta una historia exhaustiva del país como la que ofrecen otras series consagradas, sino de sus años más importantes, aquellos en los cuales se produjeron cambios relevantes y muchas veces irreversibles para la fisonomía política y económica de la vida en esta parte del planeta. Para esta tarea fue convocada

una decena y media de notables investigadoras e investigadores de la historia de nuestro país. Además de ser especialistas en los períodos que interesan en cada tomo, se trata de autoras y autores que trabajan en distintos puntos de la Argentina: confiamos en que esa diversidad geográfica estimulará lecturas más sensibles sobre las diferencias entre los pasados de las regiones y las provincias, y nos dará un retrato más completo, más federal, del pasado argentino.

A grandes trazos, los autores y las autoras de esta serie examinaron cada año bajo dos coordenadas: ya sea como objeto de análisis en sí o como muestra de fenómenos más amplios que se articularon en una coyuntura. Quienes tomaron la primera de las opciones se interrogaron acerca de cuándo y por qué se considera que empezó y terminó un cierto año, y qué es lo que hace que ese sea un año crucial en la historia nacional: ¿cuándo acabó 1983, por ejemplo?, ¿con el juicio a las tres juntas militares en 1985?; ¿cuándo comenzó 1880?, ¿fue acaso con la campaña militar del general Roca el año anterior? Es una especie de historia total e intensa de un tiempo corto. En cambio, el segundo camino analítico señala cómo fue que tendencias de distinta profundidad, naturaleza y ritmo (la economía, la cultura, la demografía, etc.) quedaron anudadas bajo el tiempo corto y nervioso de la política. Esta es un tipo de historia corta de procesos largos.

Podría plantearse que la historia de un año dificulta percibir de manera ajustada los procesos que no están regulados por el tiempo burocrático del calendario. No creemos que sea así: esta serie parte de la idea de que esa dicotomía puede ser salvada o al menos esquivada a través de textos que expliquen por qué se seleccionaron algunos años, cuál fue su relevancia y cómo ellos dejan ver procesos de fondo más lentos o más silenciosos. Quienes lean estos libros tendrán, como siempre, la respuesta acerca de si esta apuesta, finalmente, satisfizo sus inquietudes.

Esta serie fue inicialmente diseñada a fines de 2019, en buena medida inspirada en la colección “Años que cambiaron la historia del Paraguay” que publicó el diario *ABC Color* en Asunción. Sin embargo, los efectos de la pandemia retrasaron las tareas de investigación, escritura y trabajo editorial que se habían imaginado. En definitiva, la serie chocó de frente con un año crucial, el de 2020, que vino a recordarnos a los humanos no solo la existencia sino sobre todo la relevancia, a veces agazapada y “algo repentina”, del cambio, o sea, de la historia.

Ernesto Bohoslavsky
Director de la serie “Años Cruciales”

Agradecimientos y dedicatoria

Agradezco a la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS) y en particular a los responsables de la serie “Años cruciales” el haberme confiado esta empresa que comencé apenas recibí la oferta de escribir un libro pensado para un público amplio. Acepté por las buenas razones que Ernesto Bohoslavsky argumentó, pero sobre todo por la tentación de lograrlo. Debo mucho a bibliotecas, archivos y colegas que colaboraron en asuntos puntuales, pero mucho más a quienes he leído y espero se sientan reconocidos en el texto. Agradezco al erudito Darío Pulfer, director del Centro de Documentación e Investigación acerca del Peronismo (CEDINPE, Universidad Nacional de San Martín), a Ernesto, quien leyó el primer manuscrito, y a los evaluadores anónimos de la editorial, por las críticas y los comentarios recibidos.

El libro está dedicado, pues, en primer lugar, a ese público imaginado que espero sea, además de indulgente, real. En otro orden dedico el esfuerzo –no su materialización– a la memoria viva de mi padre, que está fuera de toda escala.

Introducción

1955 fue “un año común”, comenzado en sábado según el calendario gregoriano, registra Wikipedia sin mentir. Los ensayos nucleares o el comienzo de la guerra de Vietnam, novedades periodísticas importantes, no parecían tan desequilibrantes. Pocos se sorprendieron de que W. Churchill, avanzado en años, abandonara el poder y solo algunos advirtieron que Elvis Presley comenzaba su reinado. En Brasil, donde se había suicidado Getulio Vargas, ganó las elecciones Juscelino Kubitschek. En la cosmopolita Argentina, mientras tanto, pasó de todo. Nos ocuparemos aquí, precisamente, de 1955, el año en que Perón cayó, encrucijada en la que, al clamor de la libertad y al precio de la democracia, se consolidó la que probablemente fuera la división más perdurable entre los argentinos. Lo haremos desde una doble perspectiva. Contando, en principio, lo acontecido en sentido estricto y considerando el momento como un punto de inflexión en la historia nacional. Comenzaré con una especie de advertencia al lector, cuya condescendencia reclamo.

La historia es una disciplina conservadora que demanda tiempo y trabajo, a veces erudición y, siempre, estudio. Mucho estudio. Por una parte, se espera y a veces ocurre que sea en sede académica donde reflexión, contraste y prueba tengan las mejores posibilidades de articulación. Por otro lado, se sabe que la profesión no dispone de barreras técnicas que impidan el concurso de otros interesados, algo que ensancha el conocimiento y la circulación de referencias históricas en la sociedad. Este carácter democrático del estudio y la presentación del pasado resulta importante en la vida de las comunidades e involucra plenamente al poder, menos inspirado en la curiosidad que en el modo de comunicar y representarse. Todos, pues, con mayor o menor prejuicio y perjuicio, intervenimos en el uso público de la historia. Nosotros lo hacemos de un modo particular, y no solo más lento, trabajoso y menos efectivo.

Al presente libro, presuntuosamente concebido para un público imaginado, le caben las generales de una ley que se aplica a los profesionales

que abandonan la prudencia. Parte, por eso, de la conciencia de una doble interpelación, de nosotros hacia 1955 y de 1955 hacia nuestros días. Hablo (y me percató de que insistiré en el singular de la primera persona para lo que sigue) de intervenir profesionalmente y con un lenguaje llano –no otro que el que solemos usar los mortales– para referir a hechos y significantes que han sido centrales en la conciencia o el decir de los argentinos.

Recuerdo, olvido, memoria

La historia suele resultar antipática a la memoria. Aunque puede haber muchas versiones de la primera siempre habrá más registros –intensos, inciertos– de la segunda. El pasado se nos presenta condensado en referencias y símbolos que, con el ocasional concurso de profesionales, pueden integrarse en un relato más complejo. ¿Cómo nos llegan, efectivamente, estas cosas? De un modo singular, siempre, ya sea vertebrado en alguna de las conceptualizaciones en boga o, más frecuentemente, bajo la forma de referencias impresionistas, casi anecdóticas. A propósito de ello, y de este libro, viene a cuento un recuerdo de infancia, recuperado luego, en épocas de novel profesor. En un hogar en el que la política no tenía demasiado lugar, dos tíos solían evocar las tropelías festivas de algunos vecinos tras el golpe de 1955 y comentar la persecución y humillación de la que fueron víctimas otros que, súbitamente, habían pasado a ser los réprobos de la hora. La escena se daba en mi Lobería natal, donde pocas cosas ocurrían y todo podía ser novedad, de modo que resultaba tentador preguntar por un mundo que en apariencia había sido menos quieto. Allí descubrí a mi madre como una peronista silenciosa que, aunque nunca perdonó la velada amenaza proferida por las delegadas censistas cuando se negara a afiliarse al Partido Peronista Femenino (“lo vamos a tener en cuenta”), guardaba celosamente una estampa de Eva. Porque era eso, una estampa, con ribetes religiosos que se potenciaron a la hora de explicarme, comprendo con cierta incomodidad, el destino incierto de sus restos mortales. Si aquellas anécdotas me desconcertaban un poco, esta otra fue una de las formas del miedo de mi niñez, etapa de la vida en la que ni la razón ni el escepticismo se han desarrollado al punto de conjurar la turbadora especulación sobre un cadáver insepulto. Todo lo que trascendiera el cotidiano y fuera de algún modo “político”, pues, era confuso sin llegar a ser mágico, algo que no mejoraba

en la escuela, ya que en medio de administraciones militares el manual y la maestra se empeñaban en enseñar la república y la división de poderes. A mis 12 años ya no escuchaba a mis tíos, pero vi pasar un camión desde el que varios muchachos, contentos con el regreso de Perón, pronosticaban a viva voz la muerte de “el Galgo”. Supe que se referían a uno de los vecinos a quien se juzgaba responsable de aquellos modestos pero ofensivos hechos acontecidos diecisiete años atrás. Mientras tanto, el miedo infantil cedía un poco, no solo porque aquel cuerpo embalsamado de Eva acababa de ser “devuelto”, sino por la emergencia de curiosidades más adolescentes. Fue entonces que me enteré de la existencia de pequeños héroes o bandidos, protagonistas al fin de esta historia. Respecto de ese 1955 que ahora nos convoca, esas referencias eran más difíciles de creer que las contadas por los tíos, pero seguían remitiendo a desmesura. Se aludía por ejemplo a un acontecimiento protagonizado por un señor de apellido Cámara que –muy peronista él– a poco de haber triunfado el golpe habría intimidado a punta de pistola a los nuevos funcionarios del municipio, encerrándolos en sus oficinas. Para 1972 lo que me llegó, pues, fue ya el relato de un guapo y no el de un bandido, que era el que había prevalecido en su comarca original, un pueblo más pequeño y pacífico llamado San Manuel. No supe más de dicho asunto hasta después de la última dictadura, cuando colaboré en la elaboración de un texto sobre historia del radicalismo en Tandil. En dicha ocasión recabamos el testimonio de un importante dirigente, quien prontamente se reveló como un ex “comando civil”, esto es, un ciudadano que revistara entre quienes conspiraron para derrocar a Perón, primero, y para controlar a los peronistas, después. Sin que se lo pidiéramos y para mi sorpresa, sus palabras no solo confirmaron, sino que ampliaron aquella información de la preadolescencia. Aludiendo a la peligrosidad del mentado –que en su relato seguía siendo un bandido–, dio detalles sobre el entrenamiento armado de los civiles que habiendo colaborado previamente en el golpe, se prepararon para prevenir, en las sierras, lo que había acontecido en la llanura cercana. El proyecto editorial no prosperó, pero entonces creí aprender algo que es una constante en la relación entre la disciplina y la política. Los radicales, que de la mano de Raúl Alfonsín habían llegado al poder por la vía electoral y que, como buena parte del país, estaban entusiasmados con la convivencia democrática, no deseaban dar lugar, ya, a esas aristas de la memoria.

Hoy, cuando el tiempo nos está dejando sin testigos, los estudios han avanzado y el olvido ha hecho su trabajo, por alguna razón estas referencias

han vuelto en el momento de pensar que en 1955 la Argentina fue partida en dos, en cada ciudad, en cada provincia, en casi todas las instituciones y a veces en cada familia. Quiero advertir al lector –cuyos recuerdos vividos o inventados probablemente sean más significativos– que esta rivalidad con la historia no siempre ayuda al conocimiento. Seré muy explícito al respecto toda vez que en esta obra aparezcan los míos, y lo haré no tanto en referencia a hechos y protagonistas que indirecta o personalmente llegué a conocer, sino a aquellos mojones del pensamiento que implicaron perplejidad, emoción o desconcierto, y que como primer registro de lo real pueden influir, en una medida que nunca terminamos de advertir, el ejercicio de la profesión. Las afirmaciones y negaciones respecto del pasado suelen ser recuperadas en una historiografía que en el camino ha procurado despegarse de las enunciaciones de valor. No será este libro el que venga a contradecirlas, sino a aprovecharse prudentemente de unas y otras. La aspiración de llegar a un “público amplio” –es decir, a un público– así como mis propias y pocas creencias personales facilitan, además, la posibilidad de entendernos. No solo hablaré de aquel desenlace y sus consecuencias, sino del proceso previo, y aunque incluiré miradas sobre el después, propondré una interpretación en la que trataremos de dar prioridad a los hechos. Propongo comenzar, de todos modos, con algunas preguntas.

Algunas preguntas

¿Por qué el peronismo, que contaba con los recursos del Estado y la “lealtad” de buena parte de la clase trabajadora, perdió el poder en 1955? ¿No se imponían sus candidatos, ampliamente, en las elecciones? ¿No eran sus mayorías parlamentarias cada vez más sólidas y no parecía dominar Perón, además, al Ejército, poco antes de abandonar el país? ¿Cómo es que la Iglesia católica llegó a catalizar la oposición? ¿Cuán diferentes entre sí eran y fueron entonces los antiperonistas que se empeñaron, y fracasaron, en construir un orden alternativo?

¿La Argentina de entonces estaba tan mal como el economista Raúl Prebisch dijo o tan bien como cualquier observador que lo contrastara con el estancamiento, la inflación y la pobreza de tiempos más recientes podría suponer? ¿Corresponde dicha dosis de anacronismo o hay que eludir el riesgo de comparación de lo actual con ese mundo en el que buena parte

de la sociedad se organizaba a partir del trabajo? ¿Sería mejor considerar los condicionantes y las posibilidades del largo plazo en lugar de explicar la bisagra del 16 de septiembre? Digo esto porque si bien está fuera de discusión (por eso este libro) que 1955 constituye una ruptura –y habrá que detenerse en qué tipo de ruptura–, también podemos permitirnos el ejercicio de pensar más serenamente en las evoluciones sociales, económicas y culturales que trascendieron este gigantesco parteaguas. Por otra parte –y esto está más recorrido–, ¿qué lugar le otorgamos a 1955 en la eslabonada violencia de nuestra historia? ¿Habilitamos la discusión respecto de que el bombardeo del 16 de junio de ese año fue un acto de terrorismo de Estado? ¿Cómo y quiénes produjeron los atentados previos? ¿Qué espacio tienen el incendio de los templos católicos y el fogoso discurso de Perón del 31 de agosto en el asunto? ¿La masacre comenzó, efectivamente, un año después, con los fusilamientos o el impacto de la tragedia colocó en un segundo plano a las previas? Se trata en este caso de preguntas que recorrieron la cultura política argentina, que forman parte de la memoria de los mayores y que quizá todavía de algún modo resuenen en la conciencia de los más jóvenes. Relacionadas a la violencia, esta segunda serie de preguntas ha ocupado un lugar importante en la luz pública, mientras que las denominadas ciencias sociales, que por lo general han buscado explicar la inestabilidad política y el conflicto económico, se han interrogado más respecto de las primeras. En la medida de lo posible, aquí atenderemos a ambas.

Por último, ¿por qué renunciamos al ejercicio de especular sobre si 1955 podría haber tenido otro desenlace? Para esto creo tener la respuesta, que no excluye considerar nuestra propia falta de vocación y, sobre todo, algún dogma internalizado como veto. Sea por lo que fuera, sin caer en el fetichismo documental, los historiadores seguimos fieles a aquella renuncia de Leopold von Ranke a enjuiciar el pasado e instruir el presente en beneficio del futuro, y cuando tratamos de contar “cómo ocurrieron las cosas” dejamos de considerar –o al menos no lo hacemos conscientemente– cómo pudieron no haber sucedido. Presente en la tradición anglosajona, el género no ha prosperado entre nosotros al punto de que aún recordamos aquel artículo de Juan Carlos Torre (2005) que exigía creer en el fracaso del 17 de octubre de 1945. Contrariamente a lo ocurrido, se suponía allí el triunfo de una Unión Democrática reformista que se desgastaba luego en la inflación, la vuelta a la política de un Perón que triunfaba por escaso margen en 1952 y que, sin poder contener la crisis, terminaba reprimiendo

a los sindicatos antes de ser derrocado por las Fuerzas Armadas en 1954. También un libro de Rosendo Fraga (2016) que aludía a la posibilidad de una guerra civil en 1955. Que yo lo eluda por espíritu conservador o fidelidad de oficio no significa que dichos escenarios no hayan sido imaginados por los contemporáneos y testigos de la historia o que estuvieran ausentes en la reflexión de sus principales actores. Solo rozaremos dicha perspectiva cuando “mirando de cerca” veamos que lo aleatorio parece ser algo propio de aquella coyuntura sobre la que luego –siempre luego– solemos hacer la operación exactamente contraria y apenas menos lesiva que la de la contrafactualidad, esto es, ensayar determinaciones ineluctables. Mejor será contarlo, pues, sin presentar los argumentos como certezas, en espera de que el relato deje a salvo ese margen de pensamiento que suele hacernos más o menos libres.

1955 en la historia argentina

El año 1955 alude a enfrentamiento y fin de ciclo. A ruptura, más que a accidentado nuevo comienzo. ¿No lo habíamos convenido? Las comparaciones suelen resultar arbitrarias, pero las diferencias están a la vista. El contraste es manifiesto respecto de la estación precedente, avanzada en crónica por Félix Luna (1969) hace muchos años: un pórtico de la ampliación de derechos, de consumos y de participación popular. “El 55” remite, por el contrario, a golpe, a violencia, a clausura, es decir, a sus opuestos. Aunque trataremos el año dentro de una época y el golpe de Estado como un acontecimiento, es precisamente el quiebre institucional del 16 de septiembre el que subsume la mayor cantidad de significados. Desde esta perspectiva, hasta es posible que la historiografía no desentone con lo que se enseña y aún con lo que se cree. Mientras las novedades del 17 de octubre de 1945 y del resultado electoral del año siguiente se asimilan a una partida, los enfrentamientos y el golpe antojan la imagen del naufragio. En este punto el trabajo de los historiadores, siempre sensible a la búsqueda de complejidades, colisiona menos con una historia pública que suele sostenerse en creencias más firmes. Una manifestación popular sin precedentes y el triunfo del candidato de los trabajadores en comicios limpios, por una parte. El tercero de los muchos golpes de Estado que tuvo la Argentina en el

siglo pasado y uno de los tres que derrocó a un gobierno electo sin proscripciones, por la otra.

Si las discontinuidades previas significaron en 1945 un ascenso de masas a la política de la democracia, 1955 implicó la colisión con una perspectiva que se propuso corregir el rumbo y borrar al peronismo de la historia. Nadie puede dejar de advertir, tampoco, que ese cierre aparente despertó el entusiasmo de un importante sector de la ciudadanía que creyó estar, una vez más, en un momento de refundación nacional. Las constantes referencias a la “dictadura” no sonaban paradójales a nuestros contemporáneos del pasado aun cuando la “libertad” se declaraba resultado de la confluencia de un sector de la política con el poder militar. Nuestros vecinos y amigos de hoy, por el contrario, con mayor probabilidad nos responderían que ese año significó la victoria de la “reacción” o un enfrentamiento de lamentables consecuencias. No es para menos: aquel conflicto, materializado en el triunfo de esa subversión militar que entusiasmó a tantos civiles, “terminó mal”. No derivó en estabilidad política ni económica a largo plazo, fracasó frente a los fantasmas que vino a conjurar y, en lo inmediato, pero de modo perdurable, expresó con notas trágicas la intensidad del odio en la historia nacional.

Debido a que 1955 simbolizó para muchos la hora de la libertad y a que siguió cargándose, luego, de connotaciones ominosas, es mucho lo que se ha contado o referido al respecto. Aquella multitud, muy distinta a las que hasta entonces solía concentrarse en la Plaza de Mayo, celebró la partida de Perón. Tampoco dejó de estar presente a la hora de los fusilamientos del año siguiente, aunque mermó en entusiasmo después. Luego –siempre luego–, ya que los males argentinos permanecían, muchos se convencieron de que la solución consistía no en la resolución de 1955 sino en su antítesis. Aun antes, quienes en carne propia lo habían experimentado como una derrota pudieron incorporar notas nuevas, heroicas y trágicas a una identidad otra concentrada en los símbolos del bienestar. En el impredecible devenir también ellos vieron caer a los verdugos y algunos hasta pudieron celebrar el regreso triunfal del que durante buen tiempo fuera denostado como el “tirano prófugo”. Con el tiempo, cada uno a su manera consideró –pocos no lo entendieron así– que 1955 no solo había sido el final, sino el principio de enfrentamientos más onerosos.

¿Que se ha contado de 1955? La emergencia de los “gorilas”, el bombardeo de la Plaza, el “cinco por uno”, la quema de las iglesias, las investigaciones

por corrupción, el origen de la “resistencia peronista”. También, la exhibición del cráneo de Juan Duarte, el asalto a los sindicatos, la prensa clandestina y la educación democrática. Conversos plenos de fe y arrepentidos célebres; exultantes o silenciosos. Autoritarismo, violencia, creencia, impiedad y rencor, y un copioso anecdotario que por un buen tiempo prosperó en las identidades políticas de los argentinos. A tono con las pasiones de la época, quizá el primer relato haya sido el más pobre. Al argumento sobre la cobardía de Perón, abonado en la leyenda libertadora, se contrapuso el de la elusión del derramamiento de sangre, consagrado en el haber y en el decir peronista. Parte de esto, con las correspondientes imágenes, hoy circula entre nosotros o al menos habita en la red.

Debemos tener presente que toda la información de la que hoy disponemos, merced a la relativa organización de repositorios documentales y de trabajos de investigación histórica, llegó a los contemporáneos del pasado de otro modo o, sencillamente, no llegó. Por un lado, en épocas de grandes enfrentamientos sucede algo parecido a lo que, durante la guerra y la verdad, esa verdad positiva que es la última garantía en el oficio de los historiadores, se cuenta entre las primeras víctimas. Las exageraciones de la prensa, las versiones generadas y consumidas por la política, y aun lo inverosímil de los tremendos actos que –por el contrario– efectivamente ocurrían alimentaban más y mejor las creencias. En este sentido cabe apuntar que las fuentes periodísticas son, claro, muy importantes, pero sobre todo para saber todo cuanto acontece a partir del triunfo del golpe de Estado –que es el centro de este año– resultan, en muchos aspectos, problemáticas. También la regulación de la prensa durante el peronismo impone al historiador desafíos, pero la misma existencia de un estado de derecho y la continuidad de algunos medios no oficialistas implican una sensible diferencia. Aunque el golpe dio paso a una verdadera proliferación de expresiones periodísticas nuevas, había cosas de las que no se hablaba y, sobre todo muchos, concretamente los peronistas, que no tenían permitido hacerlo. Si la censura y la comisión parlamentaria encabezada por el diputado José Emilio Visca –constituida en 1949 para investigar las denuncias de torturas a opositores– había derivado en allanamientos y clausuras de varios diarios y terminó confiscando y regulando la disponibilidad de papel, la Revolución Libertadora, en cuanto poder de facto, fue mucho más allá. No solo administró tan celosamente como el gobierno precedente el monopolio de la importación de papel para diarios y revistas, sino que con pocas

vacilaciones usó todo el poder represivo para sembrar la libertad. Comenzó una época en la que las informaciones sobre lo que se sabía y de hecho se ocultaba, o sobre lo que no se quería saber y por lo tanto no se contaba, circulaba por otros medios. Por libros que no encontraban editor, como sabemos a partir de lo ocurrido con *Operación Masacre*, el monumento de Walsh, pero paralelamente, o aún antes, por una prensa y panfletos clandestinos que, obviamente, no tenían un público masivo. A ello colaboraron algunos periódicos nacionalistas, otros más o menos sensacionalistas y varias hojas clandestinas que se ocuparon de lo ocurrido en o a partir de 1955, y entre otras cosas de un ominoso misterio. Mucho antes de que Tomás Eloy Martínez (2020) reconstruyera a su manera el itinerario del cadáver de Eva Perón, los interrogantes sobre el paradero del cuerpo acompañaron el miedo y la indignación por las persecuciones, las cárceles y, pronto, los fusilamientos. Si el peronismo en el gobierno fue un gran productor de símbolos, quienes lo derrocaron protagonizaron hechos que pronto devinieron tales, y la petulancia del Estado hecha crimen expresó cuán profunda era la hendidura en la sociedad o, por lo menos, en la vida política y cultural de los argentinos.

Hubo entonces mucha literatura periodística a la que nos referiremos tangencialmente. Mientras gobernó Perón, la “cadena” informativa prevalecía y la adquisición por un grupo oficialista de la editorial Haynes, donde se imprimían muchos diarios y revistas, sumó al control de la radiodifusión el de la prensa gráfica. A partir del 16 de septiembre la revolución triunfante “loteó” muchos de estos medios entre dirigentes y partidos opositores. En algunos casos, como en el de *La Nación*, hubo continuidad respecto de los cuidados que el diario tenía para referirse al oficialismo y las nuevas cortapisas pretextaron hablar, ahora, del “dictador depuesto”. También en el de *Clarín*, que pese a los cambios logró seguir siendo oficialista. Toda una prensa antiperonista floreció, pues, con el gobierno militar, y en ese proceso se destacaron los semanarios. Sensacionalistas unos, filiados en inspiraciones políticas otros, fueron muy leídos en una época en la que, réprobos y vencidos, los peronistas se expresaron en la clandestinidad (Da Orden y Melon Pirro, 2007).

También hubo textos tempranos, entonces muy comentados y hoy prácticamente olvidados, como las notas que al filo de los acontecimientos publicó en *Clarín* el escritor rumano Virgil Gheorghiu, y el del historiador norteamericano Arthur Whitaker (1956). El primero publicó una crónica

de lo acontecido desde una posición de privilegio, la cercanía con un Perón gobernante sobre cuya biografía trabajaba al momento del golpe. De visita al país el segundo, dio a conocer al año siguiente un ensayo que aún hoy puede leerse con provecho.

1955 fue materia de coberturas periodísticas y de apreciaciones coyunturales que se solaparon con una ensayística que procuró tempranamente darle sentido a la época. Ingresó en sede académica no como tema en sí mismo, sino como punto de partida de algo que, se sentía, no se terminaba de resolver. La ciencia política y la sociología se anticiparon no solo a la historia (lo hacen siempre), sino a la economía política en el reconocimiento de las consecuencias toda vez que, recordemos, sobre las causas de lo que aquí llamaremos “el desenlace” se discutía menos y solo volvería a hacérselo, más adelante, en algunos documentados libros de historia. En cuanto disciplinas formalizadas en un lenguaje capaz de tomar distancia de las observaciones del común, ocuparon, pues, las alturas en aquel arte de reconocer lo que pasaba con alguna capacidad para emparentarlo con lo que podía leerse cotidianamente en los periódicos. Conceptos como el de “juego imposible” o el de “empate”, sobre los que algo diremos luego, remitían a situaciones que, inauguradas en 1955, permitían leer la historia subsiguiente. Luego aparecieron la obra de Julio Godio (1973) sobre el golpe y los dos volúmenes de *La Revolución del 55* de Isidoro Ruiz Moreno (1994). Junto con trabajos más puntuales o historias generales que se topaban como ese antes y después de nuestro devenir común, amén de los textos sobre el golpe aparecieron otros que indagaron sobre los conglomerados triunfantes y, obviamente, respecto de la suerte y *performance* de los vencidos (Spinelli, 2005; Melon Pirro, 2009). Más recientemente, Pablo Gerchunoff (2018) se permitió un inusual ejercicio de conjetura al “entrevistar” a Perón sobre las razones de su caída mientras que Samuel Amaral (2023) entendió 1955 en el marco de una doble denegación de legitimidades que habría comenzado con la reforma constitucional de 1949.

En todo ese proceso en el que los historiadores, insisto, suelen llegar “tarde” (esto es, cuando pueden o tienen que llegar) intervino también el ensayo político, verdadero punto de condensación de la opinión que se publicaba. Partidarios primero y disidentes después de la Revolución Libertadora, Mario Amadeo y Ernesto Sábato son solo dos de los muchos que volvieron sobre 1955, y volvieron temprano. El segundo encontró en el llanto de las humildes salteñas el “otro rostro” del peronismo y el primero

entendió, también en muy buena pluma, que se había producido la imposición de una clase sobre otra en forma de revancha y que no había *nación* ni *mañana* sin resolver lo que habían creído resolver (Amadeo, 1956; Sábato, 1956). También otros percibieron lo que los diferenciaba y sin necesidad de aceptar que los caídos no habían sido tan malos, se convencieron de que los había peores, algunos de los cuales habían revistado en sus filas. Las discusiones sobre la economía revelaron diferencias y comunidades no advertidas en la hora de las simplificaciones políticas. Por supuesto que los peronistas tuvieron su voz, aunque por norma, es decir por decreto, no hablaban donde hablaban todos. Proscriptos, se expresaron a través de una prensa irregular o clandestina. Expurgados de la institucionalidad, fueron tenidos en cuenta por su número. No reconocidos en el mundo de la cultura, soterraron a sus poetas y sobrevivieron en los sindicatos. Con todo, dieron materia y protagonistas a un nuevo drama nacional.

Todo esto es lo que los contemporáneos o los historiadores pensaron o sintieron. No es la historia, o, mejor dicho, es solo una parte de ella. De estas cosas, y aun de las que no hemos advertido, espero dar cuenta en las páginas que siguen, en las claves y con las pautas que ya he anunciado. 1955 será, para nosotros, todo lo “1955” que podamos, resistiendo la tentación de “alargarlo” hacia atrás o hacia adelante, verbigracia, comenzando mucho antes del 16 de junio o terminando algo después, por ejemplo, en los fusilamientos de 1956. Aunque estas operaciones serían legítimas y, de hecho, aparecerán en las interpretaciones propuestas, la narración se concentra en el período de junio a noviembre de dicho año cronológicamente considerado, esto es, dos momentos en los que los hechos y las palabras sugirieron ruptura y definición en un conflicto que llevaba por lo menos una década y que se prolongó mucho más.

Este libro consta de tres capítulos. En el primero analizo el contexto de este año crucial de nuestra historia y propongo alguna interpretación –y más de un comentario– en la reconstrucción de ese proceso que tuvo su epicentro en el triunfante golpe de Estado del 16 de septiembre. En el segundo, consagrado al orden económico y social, procuro un razonamiento sobre algunas continuidades que lejos estuvieron de resolverse con la ruptura, así como respecto de comunidades ideológicas mucho más extendidas que en el orden político. En el último, consagrado a la cultura, propongo explorar la distancia entre quienes no podían entender la existencia de opositores y aquellos otros que, no con menos sino con más recursos públicos,

se embarcaron en la tarea de “suprimir todo vestigio de totalitarismo”. Aspiramos, pues, a visualizar la cesura en orden a sus representaciones, ya que estas no suelen ser solo correspondientes, sino performativas respecto de “lo real”. Las conclusiones, por último, son una invitación desde lo que me parece a lo que probamente les parezca, a una condensación extensa que pretende maridar lo acontecido con lo estudiado y sentido. El antes, el desenlace y el después de 1955 vuelven a encontrarse allí en la interpretación de una ruptura que probablemente haya sido olvidada en los abismos posteriores.